

MAQUIAVELO HISTORIADOR

Virtute duce, comite Fortuna

EL VIAJERO que quiere ir a conocer la casa de Maquiavelo, sale de Florencia como para ir a Siena, pero en lugar de tomar por la Via Cassia entra por Via degli Scopeti, variante de la Cassia. A unos cinco kilómetros de San Casciano, en Val di Pesa, después de atravesar la aldea de Andrés de Percussina, en plena campiña, se encontrará a la primera vuelta del camino con la casa que fue de Nicolás. La reja está cerrada, pues la casa es hoy su museo; pero entonces debe de haber estado siempre abierta, como siguen estando las innumerables villas patricias de los alrededores de Florencia.

No había tampoco mucho que robar. Es una villa sencillísima, diríamos más bien rústica, en la que lo único regular y trabajado son los marcos de puertas y ventanas. Las paredes son de piedra irregular. Las esquinas están formadas por grandes piedras rectangulares, blancas y azules. Más de una, de seguro, proviene de alguna antigua villa romana, que por aquí abundaron. Las ventanas del piso bajo están defendidas por rejas sobresalientes. En ambos pisos, macetas de flores colocadas sobre los alfeizares rompen la austera dureza de la fachada. Grandes vasos de greda con azaleas y arbustos siempre verdes acotan el patio empedrado con grandes planchas cuadradas. Al otro lado de la calle unos cipreses dibujan en el azul toscano su oscura y verde silueta. Más allá de la villa, los olivares y la viña a donde iba Nicolás a cazar tordos, dos cuando menos, seis cuando más; a vigilar durante unas dos horas el trabajo de los leñadores que siempre tenían algún pleito con algún pariente o vecino. De allí salía la leña por la que un día altercó con un amigo, y el altercado se enconó hasta que Nicolás se sintió estafado, y se acabó la venta de leña. No era la primera vez que lo engañaban. Ni sería tampoco la última.

Más abajo está la fuente adonde se iba después, con un libro bajo el brazo, Dante o Petrarca, o uno de los "menores", Tibullo, Ovidio, u otro, a deleitarse con la lectura de sus amores, a recordar los suyos. Y así hasta la hora del almuerzo. Entonces, con su gente, comía los alimentos que su pobre villa y escaso

patrimonio comportaban. Después de comer, a la hostería a jugar dados o naipes con sus grandes amigos, el carnicero, el molinero, dos ladrilleros; a engolfarse todo el día con ellos, a reñir a gritos por un cuarto de centavo. Así, enredado con esos “piojos”, se sacaba el moho del cerebro, experimentando la amarga alegría de rebajarse para ver si la maldita suerte que lo perseguía terminaba por avergonzarse algún día de su maldad y se decidía a abandonarlo.

Al caer la tarde, se volvía a su casa, y en la puerta se despojaba de su ropa cotidiana, llena de lodo, para vestir hábitos reales y curiales, y vestido entonces con la debida decencia entraba en las antiguas cortes de los antiguos hombres, y recibido amorosamente por ellos tomaba el alimento que sólo era suyo, para el cual había nacido; donde no se avergonzaba de hablar con ellos y preguntarles la razón de sus actos; y ellos humanamente le respondían.

Entremos nosotros también con él en su casa donde todavía parece alentar su espíritu. La sencillez del exterior apenas se mitiga en el interior con la vista de una casa de paredes encaladas, techos de bóveda arrancando de las esquinas, pisos pavimentados con ladrillo rojo dispuesto en espina de pescado.

Una pared está ocupada por una gran chimenea con la leña ya dispuesta. La pared interior y la campana ennegrecida por el hollín bien lustroso parecen indicar que se sigue encendiendo fuego por las noches de invierno. A cada lado de la chimenea una silla, algo intermedio entre el taburete y una silla de respaldo recto. En el suelo, una estera ovalada. En una esquina un arcón de castaño con muestras de polilla. Una silla romana y frente a la silla una mesa. Sobre la mesa una clepsidra, un tintero, una pluma blanca de ganso, una palmatoria y una lámpara de aceite de tres picos. Sobre esa mesa, frente a esa ventana, en ese ambiente casto fue escrito en pocas semanas de amarga soledad y alegre fervor creativo, el libro más discutido del mundo. No fue el único, pero su fama se extendió a los otros.

La historia de Nicolás comienza a los veinticinco años de su edad, el año 1494, dos años después del descubrimiento de América, el año en que comienza el gobierno del fraile terrible, Savonarola, el año fatal de la bajada de Carlos VIII. Se ini-

ciaba así una carrera que no iba a ser muy larga ni muy gloriosa. Secretario de la Segunda Cancillería y después de los Diez de Libertad. Después a la calle, no sin antes una permanencia breve pero dolorosa en manos del Bargello, por sospechas de conspiración. Le tocó casi siempre obedecer, pero aquellos que mandaban sobre él muchas veces estaban siguiendo sus consejos. Seguía siendo libre y obedeciéndose a sí mismo.

A veces le dejaron suelta la rienda sobre el cuello. Fue embajador en Italia y fuera de ella. Tres veces ante el Rey de Francia, ante el Papa, ante el Emperador, ante Catalina Sforza, la del “molde”, y ante el Duque Valentino.

Por esos años ya comenzaban a aclararse y a tomar forma sus ideas. Circula por allí un escrito suyo acerca de las maneras de proveerse de dinero, en el que se encuentran frases que anticipan otras mejor redondeadas y más fuertes del *Príncipe*. Parece haberlo escrito para que lo recitara Pier Soderini el “gonfaloniere perpetuo”. No hay por qué asombrarse. Todo lo que escribe Maquiavelo para la señoría está muy por encima del mero informar de un funcionario más o menos celoso y original. Ya en ellos va Maquiavelo estructurando su pensamiento al compás de su experiencia que se enriquece. Un día la república acogió sus ideas en el sentido de formar una milicia nacional en reemplazo de las mercenarias. Se creó una magistratura nueva “Los Nueve de la Milicia”, pero Maquiavelo no obtuvo ningún honor mayor que el de seguir siendo su secretario. En Prato, en 1512, la milicia fracasaba.

En septiembre de 1512 eran derrotados los franceses y los Médicis volvían a Florencia. El secretario perdía el empleo e iba a dar con su humanidad a la cárcel para ser torturado bajo la acusación de haber participado en la conspiración de Pier Páolo Bóscoli contra los Médicis. No tuvo tiempo de aburrirse en su celda. Había que evitar ser devorado por los ratones y por piojos “gordos como mariposas”.

Era inocente, pero no por eso le devolvieron el empleo; y Machiavelli se volvió al Albergaccio, donde lo vimos hace poco en su vida cotidiana. Aquí iba a correr la suerte de muchos otros grandes. Desconocido de todos descubriría su propio genio, y su grandeza serviría para que hoy recordemos por su nombre a muchos de los que lo desconocieron.

En 1513, lleno de las lecturas de Tito Livio, tomándolo por testimonio cierto de la historia de Roma, comenzó a escribir los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, llenos de veneración republicana y transidos de amargura moralista. De repente, la consideración de los hechos pretéritos lo reportó de golpe a las miserias de Italia y la pequeñez de sus gobernantes. De allí, en pocas semanas salía de su pluma el “De Principatibus”, más conocido hoy como *El Príncipe*. Los *Discursos* fueron reanudados y terminados algún tiempo después. Del año 20 es la *Vida de Castruccio Castracani*, del 21 el *Arte de la Guerra* y de 1525, ya casi a las puertas de la muerte, las *Historias Florentinas*. Había vuelto en cargos modestísimos al servicio de su amada patria.

Comenzaron las guerras de Italia entre Carlos v y Francisco I.

En Pavía, el francés quedaba a tan mal traer que podía considerar perdido todo menos el honor. Los estados italianos formaban la segunda Liga Santa contra el Emperador. La libertad de Italia y, ni que decirlo, de Florencia, están en mayor peligro que nunca. Maquiavelo, con cincuenta y seis años a cuestas, corre a Roma a exponer sus ideas para la defensa de Florencia. Lo nombran canciller (secretario nada más) y proveedor del magistrado extraordinario al que se ha encomendado la defensa de las murallas de Florencia. Maquiavelo quema sus últimas energías, sin rencores ni segundos fines. El ama a Italia, la ama más que a su vida, más que a la salvación de su alma, y cree que todos la aman como él. Hay que luchar contra “esas fieras” que de hombre sólo tienen la apariencia y el nombre. Hay que luchar para vencer y, si esto no es posible, para morir, “justificados” por lo menos.

Por el lado de Florencia pasan sin tocarla, por encontrarla demasiado pobre, los lansquenets. Pasan a su frente el Borbón traidor a su rey, el Condestable, y Frundsberg, el empresario alemán del saqueo. Entre “las fieras” pasa también un modesto hidalgo extremeño, un tal Pedro de Valdivia. Después del “sacco” de Roma (6 de mayo de 1527) caen en Florencia los Médicis y con ellos vuelve a caer en desgracia Maquiavelo. Años antes había parecido demasiado republicano a los Médicis que ahora lo arrastraban consigo a la ruina. Los republicanos, esta vez, tomaron por colaboracionismo con los Médicis lo que ha-

bía sido únicamente amor de su patria, y no le perdonaron ni estas modestas actividades ni las dedicatorias de sus obras. En el fondo, lo que no le perdonaban era su inteligencia aguda y socarrona.

Pocos días después del “sacco” moría casi repentinamente Maquiavelo. Para curarse de un fuerte dolor de barriga, apendicitis aguda o una úlcera, el día 20 tomó un purgante. Se agravó rápidamente, tanto que se dejó confesar por el fraile Mateo. El 22 moría, dejando a los suyos en la mayor pobreza.

Esta era la Italia de los tiempos de Maquiavelo, y así fue también su modesta vida. Un país sin conciencia política y sin libertad, sin dignidad para adquirir la primera, y sin fuerzas para conquistar la segunda. Un hombre sin antepasados ilustres para ser admitido en la sociedad de los dueños del mundo, sin dinero para comprar soldados o conciencias. Único cometido de ambos, de Italia y de su hijo, ser la inteligencia del mundo, la semilla del mundo moderno, crear el nuevo estatuto mental de los pueblos, de la nueva política.

Cómo había llegado Italia y Florencia a esa condición de subordinación y dependencia es cosa que el mismo Maquiavelo trató de enjuiciar y de ello hablaremos cuando llegue la ocasión. Nos urge más describir el proceso de derivación en virtud del cual el pensamiento trascendentalista y dualista de la edad media, se convierte en el inmanentismo monista del Renacimiento, en general, y de Maquiavelo en particular.

Una partición del mundo en dos nace de una concepción que considere indispensable la existencia de una realidad empírica visible y de otra invisible que trasciende nuestra experiencia. Toda la filosofía del mundo, desde los presocráticos jónicos hasta Kant ha venido debatiéndose en este problema mal planteado: una realidad por un lado, y el principio originario de esa misma realidad, por el otro. La física contra la metafísica. Kant será el primero que plantee en sus verdaderos términos el problema, aunque no por eso lo resuelva mejor.

No lo resuelve, pero lo define y nos deja con la plena conciencia del problema. Ahora será más fácil comprender los términos en que se lo planteaba la Edad Media; mundo celestial y mundo terrenal, mundo visible y mundo invisible. En este último hay que vivir de acuerdo con ciertos criterios prác-

ticos y pensarlo con determinados criterios teóricos. No es inseparable del otro. Es su contrario, es el mundo diabólico; o le está subordinado y unido en un principio superior que es Dios. Este nuevo problema no nos interesa. No lo despreciamos, pero no nos interesa. Veamos mejor cómo se origina este dualismo, porque, de otra manera, no comprenderemos el monismo inmanente del Renacimiento y la verdadera naturaleza del pensamiento de Maquiavelo.

La conciencia humana no puede quedar satisfecha con la experiencia sensible de lo finito y mortal. Lo triste no es morir, sino saber que hay que morir. Por consiguiente, hay que buscar el camino que permita anular la muerte y resolverla en otra vida interminable, no sujeta a quebrantos. La vida permanente anula la muerte y supera la vida transeúnte. La muerte no es el fin de nada. Es sólo un tránsito a una esfera superior.

Si hay dos vidas, habrá también dos maneras diferentes de vivirlas y de conocerlas. Vida temporal y vida eterna, vida del cuerpo y vida del alma, vida económica y vida ética, satisfacción del cuerpo y goce del alma. El pensamiento medieval, salido de la gran matriz augustiniana, había dibujado con mano firme los planos de dos ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Dos finalidades diferentes y dos maneras diferentes de alcanzarlas. Iglesia y Estado, religión y política. La segunda al servicio de la primera.

Esto traía consigo una consecuencia inevitable: política y economía se hacían autónomas frente a la religión y a la metafísica. Las acciones políticas serían juzgadas según sus resultados, las acciones morales con arreglo a su intención. Supremo juez de las acciones morales, Dios. Supremo juez de las acciones políticas, la historia, como llegará alguien a decir un día.

Durante la Edad Media, y ésta es opinión corriente, prevaleció el aprecio que se hizo de la vida celestial, de la metafísica dogmática, de la moral con sanción religiosa. Filosofía dialéctica, moral y racionalista. Se aprecia más la filosofía que el saber científico. La religión es más considerada que la política y la economía languidece en la práctica mientras aún no nace en el campo teórico. Hay que renunciar al mundo, a sus pompas y vanidades, es la triste y renunciatoria cantinela medieval.

Pero es ley también que los contrarios tiendan a dialectizarse, aunque más no sea ordenándose en una escala jerárquica. La síntesis ya la había definido Aristóteles. No era necesario inventarla.

La voz de los coros angélicos no va a lograr enmudecer para siempre el rugido de los humanos. El mundo terreno irá haciendo sentir cada vez con mayor fuerza su voz, y ocupando una parte cada vez mayor de esa esfera que es el total de la vida del hombre. Las proporciones irán invirtiéndose. La consideración del mundo celestial irá perdiendo terreno, y el mayor aprecio de la vida terrenal y sus valores inducirá a buscar en la vida misma la formulación inmanente de su propia autenticidad.

Es opinión común que se divise en Dante y su obra el momento estático en que ambos valores parecen equilibrarse. Es una consideración que no por corriente deja de ser teórica, pues concede a las ideas políticas de Dante una correspondencia con la realidad política de su tiempo, de la que en efecto carecen. Ya en su época, el fiel de la balanza estaba inclinándose hacia este mundo. Dante no lo advierte o, si lo advierte, y esto parece más cierto, trata de reaccionar contra su época. Basta leer con atención.

Petrarca ya no reacciona. Para él no existe ya, o existe sin angustias metafísicas, un problema religioso. En cuanto a Boccaccio no es tarea muy difícil convencerse con su lectura de la definitiva secularización del pensamiento. No obstante, el dualismo, la antigua antinomia medieval no ha desaparecido. Sólo ha cambiado ropaje y ahora presenta sus términos disfrazados de "virtud", o valor, para definirla etimológicamente, y "fortuna". La antigua providencia divina, la voluntad de Dios, lleva ahora ese nombre equívoco.

Algo ha cambiado, empero, y ha cambiado tanto, que no podemos identificar así como así la nueva con la antigua. La nueva, en su camino hacia el ateísmo y la negación del primer término, se ha hecho agnóstica. Ya nadie se aferra a las definiciones metafísicas de la escolástica ni, lo que en verdad es mucho peor, intenta refutarla. Simplemente abandona la antigua trinchera; pero sin contraponerle otra ni disparar sobre el antiguo hogar. Es la filosofía de Lorenzo Valla. No niega los

problemas del más allá, pero se crea una nueva problemática, la del mundo de acá.

Junto con esto, ya nadie tratará por mucho tiempo de definir la realidad en esencia, porque todos estarán ocupados de la vida práctica y la experiencia. Se tornan borrosos los confines de la filosofía y se hacen más claros los de la ciencia, cuyos campos fértiles ya se divisan. Desaparece la ética y aparece su falso hermano, el moralismo. El hombre está ocupado en construir una ciencia de la vida práctica y un arte de vivir. Quiere triunfar y ser feliz. Nacen el político y el cortesano.

Es bien poco lo que la Edad Media puede enseñar en este sentido a este hombre nuevo. Sólo la antigüedad tenía paradigmas y valores en algo semejantes a los de la época nueva que se insinúa. Pero aquí tampoco sirven los metafísicos para resolver el urgente problema. Vuelve a estar de moda Epicuro y, un poco, Zenón y la Stoa. Pero los nuevos luego irán a dar en los secanos de la incompatibilidad de ambos mundos. El antiguo veía la tumba como el fin definitivo de la vida. El nuevo, que es cristiano, cree que allí al borde de la fosa comienza otra vida. El nuevo mundo es todavía cristiano. Quienes vean en la construcción de la libertad el patrón rector de la vida, buscarán la vida activa, el valor, la virtud, la realización práctica y la búsqueda del placer. Quien se resigne al servo arbitrio, a la fatalidad, a la fortuna, se refugiará en la indiferencia. Serán los menos. En verdad, en esta época de laxas convicciones filosóficas todos se darán a la tarea de juntar la virtud con la fortuna, de identificar el valor con el éxito.

Leonardo vendrá a dar su primer timbre de nobleza a esta época en que domina una aristocracia gaudente. Leonardo siente en el mundo la presencia ubicua del infinito, mas no de una infinitud agobiante, antes bien el de una infinita posibilidad de investigación. La vida es una incitación al descubrimiento, y hay que dedicarla a la conquista del saber. La naturaleza comienza a mostrar una nueva cara y a hacer oír una nueva voz. Es inteligente y da respuestas racionales a quien sabe interrogarla. Todavía no ha llegado el tiempo en que el hombre descubra que la racionalidad estaba ya incluida en la pregunta.

En el hombre descubre también Leonardo un nuevo valor

en la experiencia, pues se convierte ahora en criterio de verdad. La mente es el supremo criterio de verdad de las ciencias, y las matemáticas llegan a ser el lenguaje interpretativo del universo.

Las características del pensamiento de Leonardo aparecen con claridad aun mayor en el pensamiento de Maquiavelo: un adiós a la filosofía y a la metafísica, una bienvenida a la ciencia y a la experiencia, ciencia por consiguiente, sin filosofía, pero sin resolver ésta en aquella, porque los problemas de ambas siguen siendo diferentes, y porque sólo la ciencia es capaz de resolver sus problemas mediante la lógica y la experiencia. La filosofía, en cambio, enciende una sed de infinito que no se puede apagar. La antinomia se resuelve, pues, en la práctica, aunque no en el terreno de los principios.

La vida práctica va a presentar la misma antinomia inaplicable que en la vida teórica presentaban la ciencia y la filosofía. La contienda versa aquí acerca de la incompatibilidad entre ética y política. La solución será analógica y la filosofía de la práctica será sacrificada a la ciencia práctica. Ya no interesan las normas absolutas del vivir moral, sólo interesa el análisis científico de la acción práctica. El moralismo, que ahora se viste con ropajes de empirismo, se convierte en ciencia política.

El nuevo experimentador científico busca en la naturaleza los medios de obtener una respuesta racional a su pregunta. El nuevo político, debe tener bien claro ante sus ojos el fin que se propone alcanzar. Después de eso su tarea es el cálculo científico de los medios conducentes al fin propuesto. Empero, no olvidemos por ningún motivo ni en momento alguno que el mismo problema de resolución de la filosofía en la ciencia o viceversa, que allá no fue resuelto, aquí también va a quedar sin solución. La política descartará en la praxis las incertidumbres, las trascendencias y las incertidumbres de la moral, pero sin resolverlas.

La venganza por esta preterición caerá implacable, pero caerá sobre Maquiavelo, de cuya ciencia todos tratarán de adueñarse, agregándole, para justificar la indebida apropiación, esos criterios morales que su autor había ignorado.

De acuerdo con estas premisas debe juzgarse el pensamiento

político de Maquiavelo, pensamiento que no se propone construir una filosofía. Son muchas las cosas que lo alejan del pensar filosófico. Lo alejan la contextura del pensamiento de su época y su propio agnosticismo, que muchas veces aparece oscilando entre un moralismo que hoy llamaríamos de pequeño burgués, nostálgico de las timoratas y buenas costumbres del pasado, apóstol de una moral estricta, pero de cortos alcances, y un amoralismo que todo lo justifica, por decir mejor, ignora los cánones estrechos de la moral individual para resolverlo todo en el plano de la efectividad pragmática del príncipe o en los derechos del Estado.

Ahora bien. ¿Cómo se resuelve el problema de la relación activa entre el yo y el mundo? Maquiavelo lo resuelve colocándose decididamente en el plano del empirismo menos matizado, y apela a la ciencia histórica. En la historia se funda la práctica de la vida política para Maquiavelo. Es el saber histórico su mayor riqueza. “No he encontrado —dice— entre las cosas mías nada más querido y que estime tanto, como el conocimiento de los grandes hombres, conocimiento que he aprendido con una larga experiencia de las cosas modernas y una lección continuada de las antiguas”.

La historia es útil, entonces. “Y es deplorable”, según el mismo lo dice (Discurso de Introducción), que para mantener los estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, no haya soberanos ni repúblicas, ni capitanes ni ciudadanos, que acudan a ejemplos de la antigüedad. Esto se explica por su imperfecto conocimiento de la historia, porque no se comprende, cuando se conoce, el verdadero sentido y el espíritu de su enseñanza”.

Al hablar así, Maquiavelo no hace sino repetir, casi al pie de la letra, lo que ya habían dicho otros grandes. Veamos a uno de éstos, Polibio de Megalópolis.

“No algunos solamente, ni en forma incidental, sino casi todos los historiadores, se podría decir, desde el comienzo hasta el fin de sus obras, han afirmado que la enseñanza que se saca de la historia es la instrucción más eficaz y la preparación más verdadera a la vida política, mientras el recuerdo de los reveses ajenos es el maestro más apropiado, mejor dicho, el único que enseña a soportar con nobleza los cambios de fortuna”. En la obra de Polibio abundan los ejemplos concretos

de la forma en que él entendía esta manera de entregar enseñanza política basándose en la historia. Nótese que Polibio no se presenta como el inventor del concepto que se conoce como el de “Historia Magistra Vitae”, la historia como maestra de la vida, y dice que casi todos los historiadores anteriores a él, desde el comienzo hasta el fin de sus obras, afirman que el estudio de la historia es la mejor preparación para la vida política.

Para poder “sacar lecciones” de la historia, es menester que la historia sea como la naturaleza, siempre igual a sí misma. Maquiavelo está bien seguro de esto. Y lo dice: “...a la mayoría de los lectores les agrada enterarse de la variedad de los sucesos que narra” (nosotros diríamos que la lectura superficial de la historia favorece el escapismo). Y sigue nuestro autor: “sin parar mientes en imitar las grandes acciones, por juzgar la imitación no sólo difícil, sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, no tuvieran hoy el mismo orden, movimiento y poder que en la antigüedad”.

Aquí hay dos confesiones por falta de una. Primero: el hombre es un objeto natural, y, segundo: se pueden imitar las grandes acciones de los hombres del pasado porque el mundo histórico tiene la misma estructura del mundo natural. “Si el cielo —dice Maquiavelo—, el sol y los elementos siguen siendo iguales, ¿por qué los hombres no han de serlo también?”.

La historia, concluimos nosotros, es ciencia natural y sus procesos, como los de la naturaleza, se repiten. No vamos a detenernos para refutar esta identificación, porque en un moderno concepto de la historia ya está refutado como insubsistente, y porque las modernas ciencias naturales han sometido a severa crítica su antigua formulación causalista y determinista. Sigamos con nuestro autor.

Por eso, “por deseo de apartar a los hombres de este error —el hecho de que la historia no puede repetirse— he juzgado necesario escribir sobre todos aquellos libros de la historia de Tito Livio, a fin de que puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse”.

En esta repetición segura o probable, pero bien determinada por leyes, tiene Maquiavelo otro maestro grande, Tucídides el ateniense, el que escribió la historia de la Guerra del Peloponeso.

En el llamado “programa” (I, 22), Tucídides, algo hipócritamente y mirando de reojo a Heródoto, dice que su historia no tiene color mítico y que por lo tanto, puede parecer un poco desagradable, pero que se conformaría con que cuantos quisieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de las cosas que *alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes, con arreglo a la naturaleza humana, la juzguen útil*”.

No le hagamos demasiados reproches a Maquiavelo. Un concepto de la historia como un proceso irreversible es cosa moderna. No remonta más atrás del siglo XIX; pero Maquiavelo ha malbaratado algunas adquisiciones que ya en su tiempo estaban hechas. Y desde muy antiguo.

El cristianismo ya había hecho un aporte substancial a un concepto dinámico de la historia que no era totalmente original suyo, pues su fuente lejana estaba en el profetismo judío, Isaías, Deuteronomio, Ezequías, etc.

Los griegos habían tenido forzosamente que arraigarse en el concepto de la historia como un ciclo que eternamente retorna, porque en todos ellos había prevalecido el concepto estático del ser inmóvil y finito. No podía haber cambios, no podían inaugurarse épocas nuevas con nuevas metas e ideales. No cabían posibilidades de ilusionarse, el mundo era así como era y siempre sería igual. El mensaje cristiano, en lo que tenía de actualización de los ideales proféticos de una historia concebida como tradición de una alianza y cumplimiento de una tarea, como recuerdo de los grandes momentos vividos por el pueblo judío y testimonio de la misión de ser el pueblo elegido, la sal de la tierra, había puesto un gran acento de intensidad sobre la posibilidad del cambio, sobre la necesidad metafísica y consubstancial al hombre, de redimirse, de regenerarse, reformarse, salvarse, ser el artífice responsable de su propio destino, de no acomodarse en la transitoriedad del vivir natural, de aspirar a la libertad, de construirse esa libertad y ganársela.

Ahora Maquiavelo, y todo el Renacimiento con él, al hacer desaparecer de la historia al dios del cristianismo reemplazándolo con la fortuna, han perdido sin substituirlo con nada, todo lo que de racional, de finalismo trascendental y desarrollo,

había penetrado en el concepto de la historia junto con el cristianismo.

Una historia que corre eternamente, como una ardilla enjaulada, moviéndose en círculo, con regularidad y uniformidad, pero sin progresar, sin participar de la verdadera naturaleza de la historia, que es desarrollo, llega a tener fatalmente su finalidad fuera de sí misma y se ve reducida a la condición ancilar de servir de recetario, de repertorio de procedimientos útiles y conducentes, de exhortaciones a la utilidad y al provecho, o de refugio de almas cansadas, molestas con la realidad pero impotentes ante ella.

No se crea que es hipótesis o presunción nuestra afirmar que del concepto que Maquiavelo se forma de la historia está por completo ausente la idea de progreso o la idea del cambio. Oigámoslo:

“Reflexionando ya en la marcha de las cosas, creo que el mundo ha sido siempre igual, con los mismos males y con idénticos bienes. Los hombres se engañan al creer mejores unos tiempos que otros”.

Y llegado a este punto, Maquiavelo se fabrica un sayo, mejor dicho, se fabrica dos, que le vendrían muy bien.

Veamos el primero: “...digo que los hombres se engañan al creer mejores unos tiempos que otros, porque de los antiguos no pueden tener tan perfecto conocimiento como de los presentes”.

Y uno se pregunta: ¿Por qué no reflexionaría algo más sobre esta profunda verdad historiográfica antes de escribir los *Discursos sobre las Décadas de Tito Livio*? Porque la verdad es que Maquiavelo creía mejores los tiempos romanos que los suyos, y la causa había sido la religión romana que había educado a los hombres en el cultivo del heroísmo, mientras la cristiana —y aquí uno cree estar leyendo a Nietzsche algunos siglos antes de que éste naciera— ha educado a los hombres en la humildad.

Y probemos el segundo sayo. ¿Por qué no pensó Maquiavelo en que nuestra información acerca de los antiguos tiempos romanos era insuficiente, y que Tito Livio no era un buen testimonio de esos tiempos porque él mismo estaba ya muy alejado de esa época y su información era en gran parte legendaria?

Sin embargo, lo tomó como base cierta de sus elucubraciones sin reparar en que, además de lo dicho, la misma concepción histórica de Tito Livio estaba muy lejos de la suya y hasta era incluso más moderna, porque ya la concebía, en cierto sentido, como una tradición y una tarea. Y, si no, veamos lo que Tito Livio dice al respecto.

“Lo principal y más saludable en el conocimiento de la historia —dice Livio— es poner ante la vista el luminoso monumento de enseñanzas de todo género que parecen decirnos: Esto debes hacer en provecho tuyo o en el de la República; esto debes evitar, porque es vergonzoso pensarlo y vergonzoso hacerlo”. (Proemio).

La historia de Tito Livio no era un mero repertorio de ejemplos, sino algo más: un estímulo ejemplarizador para la acción, un canon moral para la vida pública y privada.

Pero a nuestro hombre lo asaltaban las dudas y padecía de más de una. En la ya tantas veces citada introducción a los Discursos sobre las Décadas, lo dice:

“...volviendo a nuestro asunto, digo que los hombres se engañan al creer mejores unos tiempos que otros, porque de los antiguos no pueden tener tan perfecto conocimiento como de los presentes”. ...“Siendo además, los deseos del hombre insaciables, porque su propia naturaleza lo impulsa a quererlo todo, mientras sus medios de acción le permiten conseguir pocas cosas, resulta continuo disgusto en el entendimiento humano, desdén por lo poseído y, como consecuencia, maldecir los tiempos presentes, elogiar los pasados y desear los futuros, aunque para ello no tengan motivos razonables”.

Y aquí la duda, que parecía estarse insinuando por entre las líneas de su discurso, irrumpe abiertamente:

“No sé si debo figurar yo mismo entre los que se equivocan al elogiar tanto en este libro los tiempos de los antiguos romanos y al censurar los nuestros”.

En uno de los últimos pasos citados ha apuntado una de las características más acusadas de Maquiavelo y el maquiavelismo, que está íntimamente relacionada con lo que se llama su teoría política y su concepción de las fuerzas dinámicas de la historia, el psicologismo maquiavélico.

¿Por qué cambia la historia?

“Suelen los pueblos muchas veces —dice Maquiavelo— por las variaciones que sufren (no dice qué son estas variaciones ni en qué consisten ni a qué se deben), pasar del orden al desorden, y después del desorden al orden; porque no siendo natural en las cosas humanas detenerse en punto fijo, cuando llegan a suma perfección, no pudiendo mejorarla, degeneran; y de igual suerte acontece que cuando, por los desórdenes llegan a suma bajeza, siendo imposible que desciendan más por *necesidad* (Maquiavelo no dice tampoco aquí en qué consiste esta necesidad ni de qué depende, afirma dogmáticamente, nada más), la virtud produce la tranquilidad, ésta el ocio, el desorden y la ruina; y de igual manera de la ruina nace el orden, del orden la virtud y de ésta la gloria y la buena fortuna”.

Esta teoría de la historia circulante tiene antepasados antiguos. Es la teoría de la anaclosis o del eterno retorno histórico que encontramos en Polibio (vi, 7 y ss.). En este proceso de la anaclosis, la aristocracia se transforma en oligarquía, la oligarquía en democracia (que ya es un degenerar, apuntaríamos nosotros), y la democracia en demagogia, oclocracia o gobierno de la turba. En este punto, la turba devuelta a su estado salvaje, encuentra un nuevo amo y un nuevo monarca. Y concluye Polibio: “Así procede la rotación” —la anaclosis— “de las formas de gobierno, proceso *natural* en virtud del cual se transforman, decaen y vuelven a su tipo original”. Proceso *natural*. Y después de esto ¿seguiremos diciendo que la asimilación de las instituciones políticas a organismos biológicos es una invención de los románticos?

Lo que no se ha dicho aquí por amor de la brevedad, por ser Polibio demasiado prolijo, es que este proceso *natural* es movilizado por motivos esencialmente psicológicos, las pasiones, las ambiciones, el deseo de poseer más, demandar, de disfrutar del poder. Son los mismos tres motivos psicológicos, económicos y hedonísticos que encontramos en Maquiavelo (*Disc. 1, 37*).

“Es sentencia de los escritores de la antigüedad, que los hombres se afligen por el mal y se hartan del bien. En efecto, cuando los hombres no combaten por *necesidad*, combaten por *ambición*, la cual es tan poderosa en el alma humana, que jamás la abandona, cualquiera que sea el rango a que llegue el ambicioso. Causa de esto es el haber creado la naturaleza al hom-

bre de tal suerte, que todo lo puede desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo que los medios de lograrlo, lo poseído no satisface el ánimo, ni detiene las aspiraciones. De aquí nacen los cambios de fortuna porque, ambicionando unos tener más y temiendo otros perder lo adquirido, se llega a la enemistad y a la guerra...”.

Maquiavelo recuerda a sus maestros de la antigüedad. Ya conocemos a dos: Tito Livio y Polibio. Conozcamos ahora al otro, a Tucídides, el más grande de los griegos.

No una sino varias veces, Tucídides insiste en enunciar los motivos del accionar histórico del hombre y los estados. Dice Tucídides (I, 75) que los atenienses “por la fuerza misma de las circunstancias (se han visto) obligados a transformar (su imperio) sobre todo por *miedo*, luego por la *honra* y finalmente por el *provecho* que obtenían”. Tres móviles de la acción, dos psicológicos, el miedo y la honra; uno económico, el provecho. Tucídides vuelve muchas veces sobre lo mismo, y con las mismas o parecidas palabras. Huelga insistir.

Maquiavelo no logra superar esta estrechez de miras y reafirma cada vez que puede sus convicciones: “Suelen decir las personas sensatas, y no sin motivo, que quien desee saber lo porvenir consulte lo pasado, porque todas las cosas del mundo, en todo tiempo, se parecen a las precedentes. Este depende de que, por ser obra de los hombres, que tienen siempre las mismas pasiones, por necesidad han de producir los mismos efectos”.

En nuestro camino hacia una conclusión, creemos llegado el momento de definir la que pensamos ser la concepción de Maquiavelo acerca de la historia.

Es difícil trazar la línea fronteriza que divide el concepto de la historia de Maquiavelo de su concepto de la política. Su idea de la naturaleza de la historia deja huellas muy marcadas en su teoría de la política, y ésta, a su vez, influencia su visión de la historia.

Pero es siempre su teoría política la que marca el ritmo de su paso.

Maquiavelo es historiador hasta cuando habla de política, cuando se esfuerza por comprender el curso de los aconteci-

mientos; pero estos acontecimientos él trata de entenderlos para ver por qué camino podría llegar Italia a convertirse en un estado nacional. Por este lado, Maquiavelo entra de lleno en la historia práctica del Renacimiento. También aquí Maquiavelo paga tributo a su vocación sicologista. Son notables sus análisis del carácter y de los intereses de sus personajes; pero todo termina en una interpretación de las acciones y hasta de las mismas luchas religiosas con el consabido canon de las pasiones, y de la búsqueda del provecho. Pero Maquiavelo aprueba o condena mirándolo todo con el cristal colorado de los intereses políticos.

Su historia es pragmática, como la quería Polibio, no sólo porque da lecciones, sino porque hasta su personaje más amado, el príncipe, muchas veces más que ser un personaje real es el criterio que emplea para comprender los acontecimientos. Es un príncipe porque puede favorecer a cualquiera, ya sea Fernando el Católico, César Borgia, o el ostrogodo Teodorico. Según sea el personaje que domina los acontecimientos, así será la interpretación que Maquiavelo dará de estos acontecimientos.

Con esta concepción pragmática aflora su antigua compañera, la idea de la fortuna, aunque el espectro del libre arbitrio turba los sueños de Maquiavelo, y no sabe decidirse en su búsqueda de quiénes dirigen el mundo.

“Muchos han creído —dice Maquiavelo— “y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado a la prudencia de los hombres hacer que varíen ni haber para ello remedio alguno; de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es abandonarse a la suerte. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto... Meditando en ellos me han hecho a veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo, como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos DEJA dirigir la otra mitad...”.

Preguntamos: “¿Quién nos deja? ¿La fortuna, acaso? Y ¿quién es? El mismo Maquiavelo nos responde: “...variando la fortuna, y empeñados los hombres en no cambiar de conducta, mientras los tiempos están de acuerdo con ésta, prosperan, y, en faltando dicha conformidad, se arruinan”. Dicho en palabras más pobres, cuando la fortuna ayuda, el hombre se enriquece, cuando no

ayuda, se empobrece. Para enunciar una verdad tan profunda no era necesario ser Maquiavelo. Bastaba Perogrullo.

Sigamos. Ahora Maquiavelo nos dirá cómo hay que proceder con la fortuna. “Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada es preciso tratarla sin miramientos, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, no quien la respeta. Cada mujer es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados y más vehementes, más audaces”. (Princ. 25).

Uno cree estar soñando. Se pregunta: ¿Es Maquiavelo el que escribe, o es Ovidio? Porque más parecen consejos de Arte Amatoria que de política; y quien está acostumbrado a hablar y a oír hablar de historia y de política con seriedad, no puede creer de buenas a primeras en tanta frivolidad.

Volviendo ahora a un tema más estrictamente historiográfico, la historia de Maquiavelo es una historia sin problema. Es crónica, es relato, bien o mal escrito, no importa, porque las cualidades literarias no cuentan en el historiador, o no cuentan en forma decisiva.

Maquiavelo escribió la historia de Florencia por encargo de los oficiales del estado florentino. La comenzó en 1521 y la terminó en 1525. Su objetivo primero era muy modesto, comenzar desde 1434 y llegar hasta sus días. Se proponía completar las obras de Leonardo Aretino y Poggio Fiorentino. Y nada más. Después constató que según el mismo lo dice —habían narrado con mucha diligencia las guerras con príncipes y pueblos forasteros, pero de las discordias civiles y de las enemistades intrínsecas, y de los efectos que nacieron de allí, y, sin embargo, “si hay una lección útil a los ciudadanos que gobiernan las repúblicas, es la que demuestra la causa de sus odios y de las divisiones de la ciudad, para que con el escarmiento hecho en cabeza ajena, os mantengáis unidos”.

Como declaraciones de un objetivo de patriótico idealismo, está muy bien, pero inútilmente buscamos en la historia Florentina la causa de los odios y las divisiones. Mucho mejor que Maquiavelo, Dante había individualizado la causa de las discordias y de los odios intestinos.

Para Maquiavelo, los príncipes son siempre la causa de todo,

de los males como de los bienes. Para Dante la causa de los males era la avaricia.

*...una lupa che di tutte brame
sembrava carca nella sua magrezza;
(y una loba que de todas las ansias
cargada parecía en su flacura)*

la sed del oro:

*...il maledetto fiore
che disviate ha le pecore e li agni
(esa maldita flor —el florín de oro
que ha pervertido ovejas y pastores) .*

La ambición, la codicia, el enriquecimiento exagerado de unos, es lo que han hecho que

*dentro de ti no vivan ya sin guerra
los hijos tuyos, y entre ti se roen
aquellos que un muro y un solo foso encierran*

Dante vio la riqueza exagerada, la codicia, la ambición de poder, el deseo desenfrenado de poseer cada día más, la lujuria y la ostentación, como causas perennes de la perenne discordia florentina. Vio la riqueza de algunos, pero no vio la miseria de los villanos.

Maquiavelo, obsesionado con su idea del poder político como único agente dinámico de la historia, no vio lo primero y menos todavía lo segundo. No vio más que a los poderosos, como si sólo de ellos hubiera sido el mundo.

¿Tenía Maquiavelo verdadera vocación de historiador?

Veamos una de sus cartas familiares, esas en donde con más facilidad se desnudan los autotres.

Dice Maquiavelo: “La suerte ha resultado que, como no se hablar del arte de la seda o del arte de la lana, ni de ganancias ni pérdidas, tengo que hablar, en fin, acerca del Estado. Debo hablar de eso o resignarme a guardar silencio”. (Cartas Familiares XIII).

Habló de política y de historia por falta de otro tema. ¿Habría preferido hablar de materias económicas? Si así lo hubiera hecho, ¿habríamos perdido? ¿habríamos ganado?